

EDUARDO ROMERO

Autobiografía
de Manuel Martínez

ÍNDICE

LA CORRALA,	9
EL MANICOMIO,	19
EL TALEGO,	33
LA MILI,	41
EL MOTÍN,	49
LA FUGA,	59
LA COMUNA,	67
DEPRISA, DEPRISA,	77
PURO TEATRO,	89
LA FAZENDA DE LOS PARAGUAYOS,	97
OTRAS VIDAS,	107

LA CORRALA

JULIANA Y WENCESLAO SE CONOCIERON en un baile a finales de los años cuarenta. De mi padre no sé casi nada. Sé que todos sus hermanos varones se fueron a Venezuela. Y que todos, como él, murieron del antígeno Australia. Recuerdo que mi abuela decía que a su hijo lo había matado el ejército al exponerle a largas marchas que, debido a su enfermedad, no podía sobrellevar.

Lo que sí puedo decir de mi padre es que la gente hablaba bien de él. En Villamuelas, el pueblo manchego de mi madre, toda la gente estaba encantada con Wenceslao.

Juliana, pues, se quedó viuda muy pronto. Y yo, junto a tres de mis primos —dos niños y una niña—, viví mis primeros años en casa de mi abuela, la madre de mi padre. Vivíamos con ella porque nuestras madres no se podían hacer cargo de nosotros, pues trabajaban, como tantas mujeres en aquella época, de internas. Mi madre contaba que a los siete u ocho años ella ya cuidaba, a cambio de comida, a un niño un par de años mayor que ella. Y que cuando entraron los moros al pueblo, matando gente, ella y el niño se tumbaron —ese fue su escondite— sobre la viga central de un pajar. A los quince años Juliana marchó a Madrid. Recuerdo fotos de mi madre con otras compañeras. Todas con el uniforme de sirvientas. Los jueves por la tarde iban juntas al Retiro. Era el único momento en que las chachas libraban.

La casa de la abuela era una corrala, en la calle Pelicano de Carabanchel, por entonces una barriada. La corrala tenía un patio

con una fuente en el centro y un váter común a todo el vecindario. Una vaquería hacía esquina al final de la calle. Allí comprábamos la leche. Teníamos muy buena relación con las vecinas. Algunas de ellas, más tarde, cuando tiraron la corrala, se fueron a un bloque de pisos y abrieron una peluquería.

Recuerdo una escena de las fiestas de Carabanchel. En el extremo de un palo embadurnado de sebo se colgaba un jamón. Los jóvenes resbalaban constantemente mientras trataban de trepar para alcanzarlo.

Estoy sentado en un sillón como el de las barberías. Me apunta un foco enorme, una gran campana de luz. Alguien entra con una bandeja de metal con instrumentos médicos. Y ya no me acuerdo de más (las anginas, que nada más que te dolieran un poco, te las arrancaban).

No sé si sería una señal, pero el caso es que vivíamos al lado del reformatorio. De allí salían a veces desfilando los niños. Rapaos, con los mocos colgando, abandonaos. Tocaban tambores y cornetas para celebrar la Semana Santa. La abuela, llorando asustada, nos llamaba a su lado y nos escondía bajo sus faldas. «Que no les pase nunca a mis nietos», decía.

La verdad es que mi abuela Ana era muy rica, muy buena. Siempre vigilante, atenta, sufriendo por nosotros. Cuatro primos que éramos cuatro fieras. A veces mi madre aparecía de noche y yo ya estaba en la cama. «Déjemelo despierto algún día para darle un beso al llegar», le decía a su suegra. «Qué va, le duermo pronto porque es el que más guerra me da», respondía ella. La abuela tenía pánico a las tormentas, se metía en la cama conmigo, los dos debajo de la sábana y las mantas esperando a que terminase. Yo era aún muy niño cuando empecé a guiarla al médico. Ella, por las cataratas, estaba ya casi ciega.

No he dicho que en la casa vivía también mi abuelo. Casi no me acuerdo de él. Yo tenía cuatro o cinco años cuando murió. Me

subieron a la cama a darle un beso. La casa olía ese día fatal. Creo que murió de la misma enfermedad que mi padre y mis tíos, pero no lo sé con seguridad.

Como mi abuela ya no podía hacerse cargo de nosotros, nos internaron. A mis dos primos los mandaron al colegio San Fernando. A la niña, a un colegio de monjas. A mí, a Tielmes. Viví allí hasta que cumplí siete años.

Tielmes es un pueblo que está a unos cincuenta kilómetros de Madrid. El colegio estaba en un alto, todo vallado con alambre. Era enorme, creo que dos o tres centenares de niños vivíamos en él.

En clase había una sola estufa, siempre junto al maestro. Falaban cristales y puertas. Hacía mucho frío y pasábamos hambre.

Cuando nos castigaban, nos hacían subirnos a una barandilla. Allí encaramados, nos forzaban a saltar. Rodábamos varios metros por una pendiente. Como vestíamos pantalón corto, nos magullábamos las rodillas al golpearlos contra la nieve. Regresábamos tiritando completamente empapados.

Nos obligaban a formar y a cubrirnos, es decir, guardar la distancia de un brazo extendido con el siguiente de la fila. Firmes, izquierda, derecha, descanso, paso ligero. Todo funcionaba a base de pitos, sirenas, palmas, trompetas.

La mujer de la lavandería era la única que tenía palabras cariñosas para cada uno de nosotros.

Hay una foto en el patio de Tielmes en la que aparezco afeurado a mi madre. Ella y mi abuela venían a verme y yo me quería escapar con ellas.

No sé cómo se las arregló mi madre para obtener una plaza para mí en el colegio San Ildefonso de Madrid. Era un colegio

municipal «para huérfanos de padre e hijos de la villa». Yo era ambas cosas, pero había otros muchos como yo, y San Ildefonso solamente contaba con cien plazas. Allí se preparaba a los niños —en aquella época no admitía niñas— para cantar los números de la Lotería Nacional.

De pronto se habían terminado el frío y el hambre. Comíamos que te cagas, en mesas de cuatro con servilletas de trapo, cubiertos y vasos de cristal, cosas que yo nunca había visto hasta entonces.

En cada habitación dormíamos unos treinta niños. Un celador estaba pendiente de nosotros por las noches y nos acompañaba al servicio.

En verano, nos hacían exámenes médicos para decidir si nos convenía más playa o montaña. Y nos llevaban a Cercedilla o Benicarló. En la playa ganamos un concurso por hacer un bonito castillo de arena.

Yo, de todos modos, no me adapté a San Ildefonso. Me costaba estudiar, no paraba quieto. Para mí era una tortura estar en silencio memorizando, o pasar largas horas en clase y hacer exámenes. En todos lados teníamos a Franco, Jose Antonio y el Cristo en el medio. Cuando me expulsaban del aula, cosa frecuente, gritaba en el pasillo: «¡Viva Rusia, muera Franco!».

Nos ponían cine: El Gordo y el Flaco o *Ben Hur*. Y también veíamos partidos de fútbol en la televisión. Había noventa y nueve niños del Real Madrid. Y yo, que era del Barcelona por llevar la contraria.

Siempre formé parte del coro, decían que cantaba bien, pero don Graciliano, el director, nunca se atrevió a llevarme al sorteo.

EL MANICOMIO

ME RECIBIÓ OTRO PADRE José —estos curas eran terciarios capuchinos— y me comunicó que iba a estar quince días en observación. Como ese período pasó sin incidentes, me dieron un permiso de fin de semana. Ya no volví. Tampoco regresé a casa, a Begoña, sino que marché a Tetuán, un barrio siempre guerrero. Ahora había mucho golferío: descuideros —que tenían mucho arte—, legionarios, buscavidas, carteristas. En los billares Nieto se juntaban todas las gentes al borde —o al otro lado— de la ley.

En aquellos tiempos, si no estudiabas o trabajabas, a ciertas horas no podías estar en la calle. Había continuas redadas policiales. Los grises te obligaban a mostrar las palmas de las manos y, aunque todo era bastante arbitrario, quienes enseñaban manos curtidas por el curro tenían más posibilidades de librarse. A los que metían en el furgón, el comisario les recetaba quince o treinta días en la cárcel de arresto gubernativo.

Al barrio llegaba mucha gente inmigrada. Proliferaban las barriadas de chabolas, como La Coma o Peñagrande. Muchos niños vivíamos en la calle. Uno de ellos me llevó a dormir a una cueva —colchones, cartones, ropa desparramada— en la que nos juntamos una pandilla de diez o quince chavales. Estaba en Villamil, en las inmediaciones del barrio del Pilar. Por las noches salíamos a robar, fundamentalmente comida en los bares y tabaco en los estancos. Lo hacíamos con una palanqueta, o nos colábamos por cualquier agujero, éramos unos lince. Al amanecer, salíamos

corriendo con las barras de pan que acababan de sacar en cestas a las puertas de las panaderías.

El Señorito, el Maneiro y Christian —un chico de origen francés— eran algunos de mis compinches. Empecé a frecuentar la plaza de Santa Ana, en la que se juntaban los primeros *hippies*. Me atraía ese ambiente. Y me gustaba mucho la música: los Rolling, los Kinks, Spencer Davis Group... Llevaba el pelo largo y vestía un chaleco. Por aquella época echaban en la tele una serie: *Los intocables de Elliot Ness*. Nosotros no éramos una banda, ni nada parecido. Pero nos acabaron llamando —por mí— la banda del Ness.

Cada día robábamos un coche. Nos aburríamos, lo hacíamos solo por dar una vuelta. Una famosa locutora de radio, Encarnita Sánchez, anunciaba la matrícula de los vehículos robados y pedía colaboración a los taxistas. Así que teníamos que ir escuchando el programa de esta imbécil —era malísimo— por si daba la matrícula del coche que llevábamos y teníamos que cambiarlo por otro.

Durante esos años no dejé de entrar y salir del reformatorio, creo que me fugué seis veces. El jefe de la sección de castigo era el padre Francisco, un sádico. Nos tenía confinados en celdas individuales en el piso de arriba. Solo nos sacaba al patio durante las horas de calor insoportable, mientras el resto de secciones dormía la siesta. Yo salía con Fernando, un compañero. A uno le daba un pico y al otro, una pala. Uno picaba el suelo y el otro tapaba el agujero. Cada cierto tiempo, nos decía: «Cambiad de herramienta».

El castigo habitual del padre Francisco era ponerte de plantón: horas y horas de pie, completamente erguido. Se te acababan acalabrando las ingles. Muchos chicos terminaban desmayándose. El cura se sentaba en el pasillo a leer y ahí nos tenía sufriendo. En calzoncillos y descalzos. Por las noches te traía solamente una sopa para cenar. Delante de ti, le echaba un gran puñado de sal. Tenías que beberla rápidamente para saborearla lo menos posible. Luego, eso sí, te dejaba beber agua del botijo.

EL TALEGO

PASÉ EN LA CÁRCEL seis años y medio, hasta finales de 1974. A Lorenzo lo condenaron a doce años, no salió hasta 1980. Los primeros dieciocho meses los pasó en el palomar, el último piso de la quinta galería de Carabanchel, reservado a homosexuales. Las celdas estaban abiertas, los presos podían circular por el pasillo, pero una reja les impedía bajar. Salían al patio a la hora de la siesta del resto de los reclusos.

Más tarde, a Lorenzo lo enviaron a Huelva. Había dos penales para homosexuales. El de Huelva, decían, para pasivos; y el de Badajoz, para activos.

Yo pasé la primera parte de mi condena en el reformatorio de Carabanchel, la sección de la cárcel destinada a los presos entre dieciséis y dieciocho años. Éramos cientos los allí encerrados. Sufríamos un régimen infantilizante de disciplina militar. Diana, fajina (a comer), silencio, recuento, retreta (a dormir). Nuestro día a día era de cornetas y tambores. Los boqueras —así llamábamos a los carceleros— eran falangistas prácticamente analfabetos.

A las seis y media de la mañana empezaba la jornada con el recuento en el patio. A continuación —brazos en cruz para marcar la distancia entre nosotros—, comenzaba la gimnasia militarizada, dirigida por un monitor que se nos ponía enfrente. Después corríamos alrededor del patio, subíamos a lavarnos a las galerías y enrollábamos el petate con la cama. La celda estaba infestada de chinches. Remojábamos con agua y lejía las patas y los muelles

de las camas, pero había nidos en las paredes, en los techos, en todos lados. Bajábamos al comedor a tomar café con leche. Era todo nuestro desayuno, y estaba asqueroso. Se decía que lo hacían con un calcetín sucio para darle color. A continuación, quienes no tenían el graduado escolar recibían clase. El resto salíamos al patio. Antes de comer, distribuían una pinta de vino por preso. No la regalaban, nos la cobraban. La bebíamos en fila, todos de un mismo vaso que iba circulando. Nos veíamos obligados a tomarla de un trago. Llegábamos medio borrachos a comer. El vino lo traían con una carretilla en unas tinajas de madera. Allí donde caían restos de vino, el suelo perdía el color.

Por las tardes jugábamos al fútbol y recibíamos instrucción militar. Por las noches, los boqueras se iban a dormir. Habían impuesto un sistema de vigilancia realizado por los propios presos. Te tocaba hacer imaginarias (dos horas de guardia) o cuartos (cuatro horas). Si había broncas, puñaladas o cualquier otro incidente —lo que era frecuente—, los imaginarios y el cuarto pagaban también celda de castigo, en un sótano sin ventanas ni luz. Ahí podías pasar cuarenta días, ochenta días, sin patio ni nada.

Ante las continuas peleas —favorecidas por nuestro hacinaamiento—, la dirección decidió trasladar a la séptima galería a quince o veinte jóvenes, entre los que me encontraba. En la séptima había presos veteranos con largas penas por cumplir, a las que llamábamos *ruinas*. Los de mi generación teníamos valores distintos a los que mantenían los más viejos. Ellos eran muy sumisos con los carceleros, aceptaban privilegios y muchos eran chivatos. Los jóvenes cultivábamos la amistad entre nosotros, éramos muy violentos y nos enfrentábamos a los veteranos. La dirección pensaba que nos íbamos a achantar. Los viejos, ciertamente, nos amenazaban; pero nosotros practicábamos la autodefensa: no dejábamos que nos violaran y, si nos retaban con un puñal, nosotros sacábamos uno más grande. Acabamos controlando casi todo en la galería, incluidos

LA MILI

CHAMARTÍN ERA UN APEADERO, un garaje de trenes para asuntos logísticos de pintura y reparación. La casa de mi madre está justo detrás de las vías. De niños, robábamos vagonetas para dar una vuelta. Eran de esas que tenían una palanqueta. La empujábamos, de pie, un chaval frente al otro, y así avanzábamos por las vías.

Ahora, de pronto, yo llegaba a la flamante estación de Chamartín en el talgo de Lérida a Madrid —un tren que me parecía lujoso y veloz— y allí, al bajarme, me encontraba con mis hermanillos.

Era diciembre de 1974 y había cumplido mi condena.

El barrio bullía de gente.

Todo el mundo fumaba hachís.

Torres nuevas se erguían aquí y allá.

De camino a casa, me vinieron recuerdos del kiosquero. Ese cabrón no dejaba de vender periódicos cada vez que me capturaban. «¡Detenido el atracador de Begoña!», voceaba por todo el barrio.

En casa de mi madre, Pedrito y yo dormíamos en una litera. Compartíamos habitación con Jose, al que yo veía en su catre desde la litera de arriba. En otra pequeña estancia, compartían cama Angelines y Ester.

Yo no tenía trabajo, ni tampoco un duro. Fui a Tetuán a ver al Señorito, un antiguo colega de la cueva. Ahora tenía dos niños pequeños y vivía con su compañera en una chabola. Había trabajado en una distribuidora de helados, sabía bien cómo funcionaba. No le costó mucho convencerme de que la atracáramos.

Estuvimos un par de días observando la rutina de trabajo. Las furgonetas repartían los helados y regresaban con la recaudación. Los repartidores la entregaban en la oficina. Al final del día, se acumulaba allí todo el dinero.

Cogimos prestado el coche de un amigo del Señorito. El buga estaría apartado, no habría riesgo de que lo detectaran. Entramos a la oficina encapuchados y con la única pistola con la que contábamos. Hablé yo, el Señorito no quería abrir la boca para evitar que le reconocieran como antiguo trabajador. Sacamos ciento y pico mil pesetas. Fue muy fácil. La gente le tiene mucho respeto a una pistola, el plan suele funcionar incluso con una de fogeo.

Al día siguiente viajé a Lérida. Gasté un pastón en comida y fui a comunicar con mis coleguillas. El jefe de servicio no me dejaba pasar y tampoco quería admitir los paquetes. Un boqueras que curraba en la oficina —era un tío legal que no quería saber nada de trabajar dentro— intercedió por mí y logró convencer a su compañero para que entrara la comida. Cuando nos quedamos a solas, me abroncó: «Vas a volver a caer y pasar la vida preso, dedícate a cuidar de ti mismo, busca trabajo y no te compliques la vida». El sermón me hizo recapacitar. Estuve año y pico sin meterme en líos.

De vuelta en Madrid, me llegó una notificación del Juzgado Especial de Vagos y Maleantes. «Será una simple firma de liquidación de condena», me dije. Pero la cita era para exigirme que comunicara antes de tres días una dirección fuera de la ciudad. Me había olvidado de que mi sentencia incluía —una vez en libertad— un año de destierro de Madrid.

Yo no conocía a nadie más a quien hubieran aplicado esto del destierro. «A dónde voy a ir, si vivo en casa de mi madre», les decía. Pero tuve que marcharme. Para no correr el riesgo de que me volvieran a encerrar, estaba obligado además a obtener un empleo. Mi tío, el pastor, ya no se iba al monte, trabajaba a caballo cuidando fincas. Un amigo suyo me hizo el favor de contratarme. Era el

EL MOTÍN

PASÉ POR VARIAS PRISIONES hasta que, en marzo de 1977, me soltaron. Duré en libertad escasamente un mes. Con unos coleguillas, cometí una buena cagada: un atraco con un coche de alquiler a mi nombre. Se suponía que esa noche el Cores se iba a encargar de conseguir otras placas para el Seat 124, pero no lo hizo. Por la mañana, ya todos con las capuchas y las armas, hicimos un barrillo con arena y aceite de motor para ensuciar la matrícula y nos pusimos en marcha.

Una sala de bacarrá era nuestro primer objetivo. En esas timbas se movía mucha pasta. Esta iba a celebrarse en Zaragoza. Por algún motivo tuvimos que suspender el plan. De vuelta a Madrid, hicimos noche en un hotel de carretera. Llamé desde allí para ampliar el plazo de alquiler del coche. Al encargado le corría prisa recuperarlo, insistía en que devolviera el vehículo enseguida. «Imposible, estoy en Zaragoza», le respondí.

Al día siguiente atracamos una sucursal de Vallecas. Al terminar, dejé a todos en la boca de metro. Me dirigí a un túnel de limpieza de coches y enseguida entregué el buga. Regresé a casa. Poco después, sonó el teléfono. Mi madre atendió la llamada. No me hizo falta escuchar nada para saber que era la pasma. Bajé corriendo. «A ver si me da tiempo a escapar», me decía a mí mismo. Dos polis estaban sentados enfrente del portal. Agachado, conseguí escabullirme por detrás sin que me vieran. El bus urbano estaba a punto de salir. «Qué suerte», pensé. Me metí dentro del vehícu-

lo. Detrás entraron seis o siete policías. «¿Sabes quiénes somos?». «Sí, tranquilos». «Tírate al suelo». Y, boca abajo, me esposaron. Enseguida me condujeron a la DGS. Tan claro lo tenían que, sorprendentemente, ni siquiera me pegaron.

Como yo había mentado Zaragoza al responsable del concesionario, habían localizado la pensión donde nos alojamos y, con ella, todos nuestros nombres. El Cervera logró pirarse a Bélgica. A los tres detenidos —el Cores, Miguel y yo— nos pasaron por los juzgados y, de allí, nos llevaron a la tercera galería de Carabanchel. A todo esto, la Ley de Vagos y Maleantes había mutado en Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social en 1970. A mí en muy pocos días me llegó la condena del Juzgado de Peligrosidad: entre cuatro meses y tres años de cárcel.

AL ENTRAR esta vez en Carabanchel —año y medio después de la muerte de Franco—, ya sabíamos de la existencia de la Coordinadora de Presos en Lucha, la Copel. Poco antes, habían aislado a cuarenta de sus miembros en la rotonda, al final de la sexta galería. Allí había celdas americanas, esas que, en vez de pared, tienen el cuadrante frontal todo enrejado. Hasta entonces habían estado vacías. La rotonda disponía también de un patio propio. Las autoridades pretendían dificultar con esta medida el proceso de organización de los presos. Pero la semilla —como decía Durruti— había prendido en las demás galerías. En ellas los carceleros reforzaron la disciplina. Impedían que se formaran grupos de más de cuatro personas. Las asambleas, que solían celebrarse en los patios y el comedor, se prohibieron.

Casi todos los aislados en la rotonda eran coleguillas míos. Uno de ellos era Ulloa. Su madre siempre le pasaba costo para

LA FUGA

LOS PRESOS DE PELIGROSIDAD social que seguíamos encerrados éramos muy pocos, quizás cien en todo el Estado. En Guadalajara, treinta o cuarenta. Ya se aceptaba que la ley era inconstitucional. En vez de derogarla, la aplicaban cada vez menos. Para no tener que hacer frente a indemnizaciones, trataron de que —simplemente— fuera pasando desapercibida. La metieron en un cajón hasta que en 1995 no tuvieron más remedio que acabar con ella.

Guadalajara, como Lérida, era «un colegio». Todos los funcionarios y presos se conocían, había un ambiente más familiar. La biblioteca abría alguna tarde y en el comedor había televisión. Por lo demás, celdas individuales y muchas horas de patio.

Yo siempre pedía a mi abogada que me reclamara en Madrid. El juicio por el último trabajo —la sucursal de Vallecas— se convocó varias veces, aunque, por uno u otro motivo, siempre se acababa suspendiendo.

En Carabanchel ya había entrado a saco la heroína. Al principio no teníamos ni idea: hacíamos un canuto, le espolvoreábamos el caballo y nos lo fumábamos. Gastábamos mucho para poco colación. Pronto aprendimos a picarnos el jaco por vena. Yo lo hice dos o tres veces. Te sentías en la gloria, sensible a todo. Desaparecía esa mezcla de ansia y aburrimiento que tenías allí dentro. Recuerdo que había vomitonas por todos los pasillos. Echábamos la papa continuamente. Pero potar también producía placer, aliviaba.

Una noche, irrumpieron de madrugada en la celda y me secuestraron rumbo al penal de Alcalá de Henares. El edificio ha

sido convento, cuartel militar, prisión. Barrotes el doble de anchos que en Carabanchel. Techos enormes. Entre ventanas, huecos en los que, antiguamente, descansaban esculturas de santos.

Había un celular y varias galerías. Las puertas de las celdas de castigo daban al patio. Rodeado de árboles preciosos, era un patio pequeño, con suelo de cantos rodados. Hace poco visité el archivo de Guadalajara y me enteré de que la cárcel es ahora un Parador Nacional. Fui con unos amigos a la cafetería. El patio —repleto de mesas y sombrillas— es la terraza del bar. Ya no hay árboles, ni cantos rodados. Hay baldosas gigantes. Los arcos del segundo piso los han cerrado con planchas de madera. La verdad es que ha quedado mucho más feo.

En Alcalá estaba el Bene, un coleguita. Asaltó el botiquín del talego y nos metimos unos nolotiles por vena, así de desesperaos estábamos. Pero en el fondo, el secuestro a Alcalá me libró de convertirme en un yonqui más. Allí la heroína no estaba tan extendida como en Carabanchel. La Copel conservaba fuerza. En las asambleas nos preocupábamos por el efecto destructivo de las drogas sobre la solidaridad entre presos. Yo me dije: «Hasta aquí hemos llegao». Y no me piqué nunca más. La actividad que promovía la asamblea me ayudó a mantener esta decisión. Organizábamos campeonatos de fútbol, balonmano, pelota. Como la biblioteca la abrían solo de cuando en cuando, nos propusimos crear una propia. Escribimos a un montón de editoriales. Empezaron a llegar cajas y cajas de libros, no sabíamos cómo gestionar tal cantidad. Logramos que nos cedieran una garita vacía, acristalada, que había en el patio. La llenamos de estanterías. Así y todo, muchos libros se quedaron guardados en cajas. La dirección quiso entonces que los lleváramos a la biblioteca de la cárcel, pero nos negamos.

Elaboramos unas fichas que todo el mundo cubría al sacar y devolver algún título. Funcionábamos de forma autodidacta, cada uno escogía sus lecturas. Los libros se cuidaban mucho y se entre-